El abuelo y la aventura turística en Moquegua

—¡Mario, despierta! —se escuchó la voz de mamá.

A pesar de que aún tenía sueño, debía hacerlo, pues hoy llegaba mi abuelo. No lo recordaba, pero me emocionaba cada vez que venía un familiar a casa, porque era una fuente de historias.

Mientras tomábamos desayuno, me imaginaba a un viejecito canoso con su bastoncito y arruguitas por todos lados. Entonces sonó el timbre: ¡era el abuelo! Me congelé en ese momento, pues él no era como yo lo imaginaba: estaba vestido con unos jeans modernos, una camisa azul y con lentes de verano. Corriendo, saludamos al abuelo y le dimos un beso en la mejilla.

Al día siguiente mis padres se fueron a trabajar y en toda la casa se escuchaban ruidos de chapoteos en el agua, risas, ladridos y gritos. El abuelo, que estaba descansando, se levantó de un salto, más rápido que Flash. Asustado, lanzó un grito buscándonos.

—¡Amaya, deja de echarle agua en los ojos a Pacha! Le puede dar una infección —dije.

De pronto, el abuelo Policarpio entró al baño y preguntó por qué hacíamos tanta bulla. Lo miramos extrañados. Pacha, nuestro pequeño perro, estaba como un muñeco de nieve, cubierto con espuma de jabón. El abuelo soltó una carcajada que se escuchó por todo el baño. Presuroso, sacó a Pacha de nuestras manos, lo enjuagó, lo puso en una toalla y lo llevó al patio.

Estábamos estupefactos con la forma de actuar del abuelo. Nos lavamos las manos y corrimos al patio a ver a Pacha. El abuelo estaba secando y acariciando a nuestro perro y, al vernos, empezó a narrar:

—En una de mis rutas aventureras, llegué a la provincia de Ilo para darme un enorme chapuzón en las exquisitas playas que hay por allá. Así que decidí conocer un poco del turismo que ofrecía nuestro hermoso puerto. Lo primero que hice fue buscar un guía oficial de turismo y así conocí a Tomás. Es un excelente amigo que se ofreció a enseñarme todas las zonas turísticas. Recuerdo que siempre tenía en su rostro una sonrisa, había calidez en su trato. Inspiraba confianza para preguntarle muchas cosas y poder conocer más sobre el lugar. Siempre era atento, pues de primeras me ayudó a llevar mis maletas. Como buen ileño, me dio una lista de hoteles y hostales, pero me recomendó uno muy cómodo, bonito, con precios reales y no elevados, que resultó muy bueno.

Nosotros escuchábamos muy atentos mientras el abuelo continuaba con su relato:

—Después de instalarme, mientras caminábamos durante ese primer día, de un jalón me llevó por una calle diferente y me hizo entrar a un restaurante. Preocupado, le pregunté: ¿qué pasa? Él me explicó que doblando la esquina habían aparecido unos maleantes que solían robar por la zona, y me dio una charla sobre los lugares y horas por donde era seguro caminar. También me dio una pequeña lista de taxis fiables para poder movilizarme y, de igual manera, una de restaurantes agradables. Por supuesto, me dio su número de celular para llamarlo si necesitaba o me ocurría alguna cosa. ¡Muy buen amigo el que dejé en Ilo! Él me orientó para empezar mi aventura por los museos, y así lo hice.

—¿Abuelo que hay en los museos? —preguntó Amaya.

—¡Ay, Amaya! ¿No sabes qué hay ahí? En los museos hay puras cosas viejas. ¿No es cierto, abuelo? —dije yo.

El abuelo soltó una risotada.

—¡Claro que no, Mario! Ahí está la historia de todos los acontecimientos importantes que han sucedido en Ilo. Pero no me interrumpan y déjenme contarles mi aventura turística.

El abuelo era tan expresivo al contar sus historias que mantenía a quien lo escuchara hipnotizado como una abeja en la miel. Nos contó que había dos museos en Ilo: el Museo de Sitio "El Algarrobal" y el Museo Naval. Empezó con el primer museo.

Estábamos muy intrigados y atentos a lo que decía.

—En el Museo "El Algarrobal" se exponen los hallazgos de la cultura Chiribaya, nuestros antepasados. En ella se encuentran momias, vasijas y tejidos vistosos con ornamentaciones hechas en cuarzo lechoso por la cultura Chiribaya.

—¿Abuelo, que es ornamentación? —pregunté.

—¡Qué buena pregunta! Ornamentación significa adornar algo para que se vea aún más bello de lo que es.

—Entonces mi mamá se ornamenta todos los días, ¿verdad? —dijo Amaya—. Los tres nos reímos a carcajadas.

—Los antepasados de Pacha están justamente en ese museo —dijo el abuelo.

—¿Cómo, abuelo? —pregunté.

—¡Sí! La cultura Chiribaya apreciaba a este can llamado "pastor chiribaya". Perros muy amigables con sus amos, en especial con los niños. Eran muy buenos cuidadores de rebaños. Algunos de ellos eran enterrados con sus amos; otros, enterrados con honores por el servicio prestado en el pastoreo de llamas, y algunos eran acompañados con trofeos, como orejas o patas de llama. Pacha es muy parecido a esa raza.

De pronto se escucharon los sonidos del coche de papá. Había llegado con mamá de hacer las compras, y el abuelo, entregándonos a Pacha, salió a su encuentro.

Yo estaba muy interesado en conocer ese lugar turístico y así saber más sobre la historia de nuestros antepasados y en especial la de los de Pacha. Así que cuando estuvimos todos sentados para almorzar, con lo tallarines entre los dientes, le pedí al abuelo que continuara contándonos su aventura turística en Ilo.

—Papá, ¿qué les estuviste contando? —preguntó mi mamá.

—Escucha y lo sabrás —dijo el abuelo Policarpio. Y continuó con la historia—. En el Museo Naval de Ilo se exponen restos de la artillería militar de la Guerra del Pacífico, que enfrentó a peruanos y chilenos. Cuando estos últimos invadieron Moquegua y Tacna, tras varios días de guerra, avanzaron hacia Mollendo, que está en Arequipa, por el sector de Los Ángeles, en Moquegua, y por el pueblo de Locumba, en Tacna.

—¡Qué interesante es todo esto! —dijo papá—. Pero bueno, terminen de almorzar porque tienen que ir a la cita médica con el pediatra.

—¡Nooo! —dijimos los niños.

—¡Ir al doctor es aburrido! —exclamé yo—. A menos... que el abuelo nos lleve.

—¡Síííí! —gritó Amaya.

—Está bien —dijo el abuelo—. Yo los llevaré.

Después de alistarse, el abuelo tomo un taxi y los tres fuimos rumbo al pediatra. En el camino, le pedí que nos siguiera contando más sobre el turismo en Ilo, y el abuelo, ni corto ni perezoso, continuó.

—Las playas que existen en Ilo son muy bonitas para ir en familia, pero existen otras playas muy atractivas como Pocoma, Wawakiki o Platanales. Bueno, ahí conocí a Toño —continuó el abuelo—. Es un joven muy deportista, creo que cuando me vio pensó que era muy viejo para poder hacer deportes de aventura en el mar. Él me enseñó a pescar, a mejorar mi natación y me hizo un guiado gratis por toda la zona. Me llevó a conocer los sitios arqueológicos que existen en el lugar y visitamos cuevas. Pero lo más importante es que me previno de los lugares peligrosos en la playa. Puedo decir que él es otro ejemplo de un buen anfitrión.

—¿Y a qué playa fuiste, abuelo?

—Por lo que Tomás me contó, decidí ir a la playa Platanales. No está muy cerca de la ciudad, pero es muy hermosa.

—Deberíamos ir en las vacaciones de verano a esa playa —dijo Amaya, muy emocionada.

—Y no sólo ahí, también pueden visitar el Malecón Costero; la glorieta de José Gálvez, un mirador muy atractivo; la Plaza de Armas o la Plaza Grau. Y no dejen de disfrutar la comida marina como el pulpo al olivo, el sudado de machas, el picante de mariscos, el chupín de pejesapo o las lapas arrebozadas. ¡Ay! Ya se me hace agua la boca —concluyó el abuelo.

—Abuelo, mientras esas comidas no sean feas todo está bien —dije.

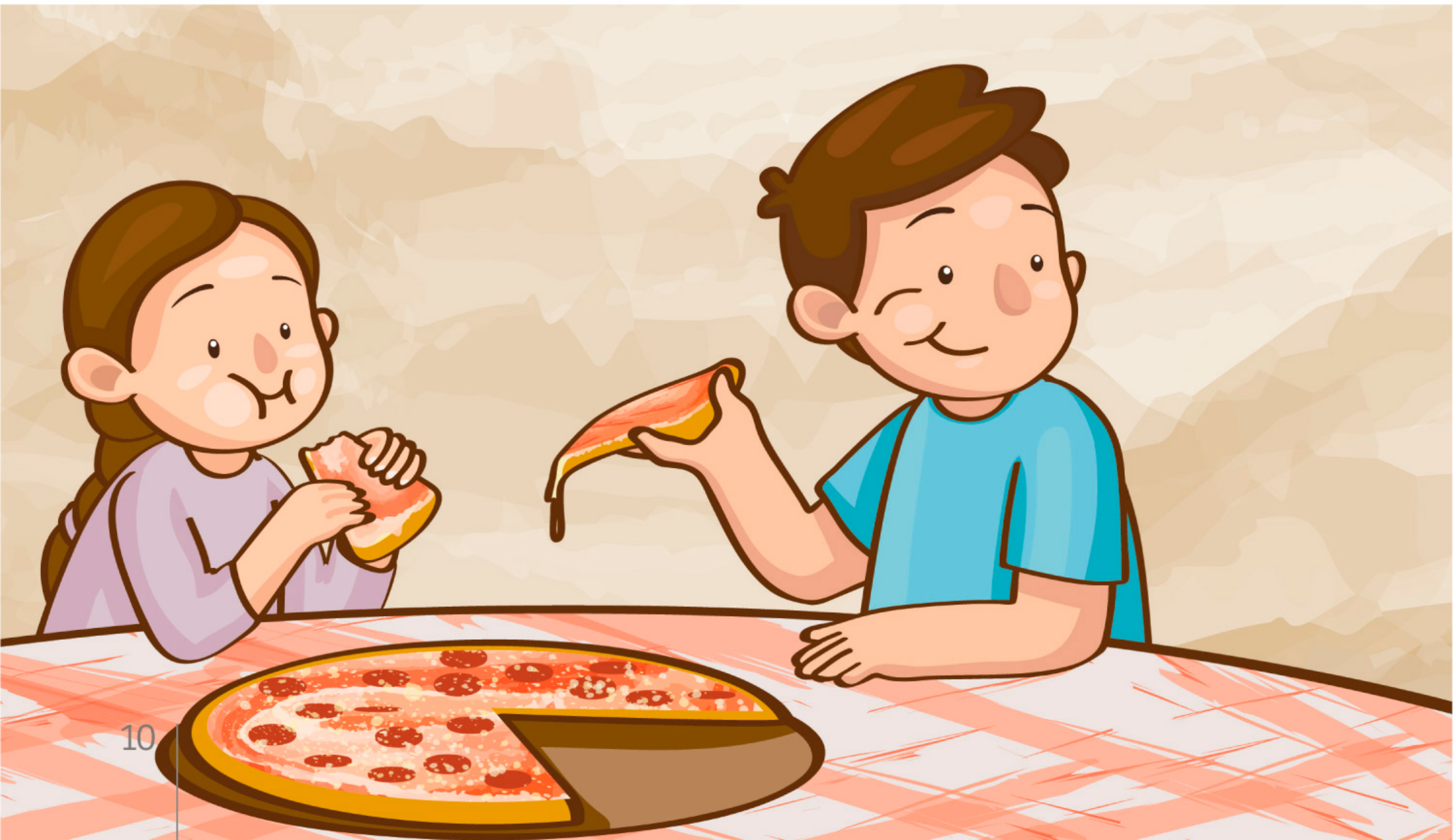
—¡Sí, sí, sí! —exclamó Amaya.

Después de la cita, el abuelo estaba tan contento con nuestro comportamiento en el consultorio, que nos llevó a comer una deliciosa pizza.

Mientras esperábamos los pedidos, entró un hombre con una apariencia extraña. Yo no podía dejar de mirarlo, pues el hombre llevaba una mochila grande en su espalda, unos lentes, un sombrero aventurero y unos pantalones cortos. Ni qué decir de su rostro cuando se quitó los lentes, parecía un mapache marcado.

El hombre pidió una gaseosa helada, se quitó la mochila y se sentó en la mesa del costado, sacando rápidamente unos papeles de su canguro. El abuelo se levantó y nos dijo que iría a los servicios higiénicos y que no nos moviéramos para nada. De pronto, el hombre empezó a decir:

—¿Ahora por dónde empezaré esta aventura turística en Moquegua? No conozco a nadie y estoy muy cansado. ¿Por qué no aparece alguien que me ayude?



De inmediato, recordé la historia del abuelo, me acerqué al hombre y le dije:

—Buenas tardes, señor. Me llamo Mario, bienvenido a mi ciudad.

En ese momento, el abuelo regresó a la mesa y, al verme hablar con un extraño, se acercó. Los presenté.

—Mucho gusto, Rafael. Soy Policarpio, el abuelo de Mario y Amaya —dijo, señalándonos. Rafael respondió:

—Es un gusto, Policarpio. Vengo de Trujillo, estoy de vacaciones y decidí tener una aventura turística por el sur.

Después de una breve charla, compartimos las pizzas que pedimos. Lo mejor fue que seríamos los anfitriones de Rafael por un día. Al terminar, lo acompañamos a un hotel seguro, cómodo y económico.

—Mañana vendremos por ti a las nueve para empezar tu aventura por Moquegua —dijo el abuelo.

—¡Sí, hasta mañana! —dijimos nosotros.

Al día siguiente fuimos a buscar a Rafael, era distinto después de una ducha. Ahora sí parecía una persona.

—Lo primero es lo primero —dijo el abuelo. Nos miró seriamente a todos y agregó—: la ciudad necesita ser cuidada, y cada lugar turístico debe mantenerse limpio para ser apreciado por las demás personas. ¡Rafael! Nuestra ciudad es tranquila y bastante segura, pero es recomendable que no transites por lugares alejados del centro para evitar cualquier incidente.

Le dio una lista de todos los lugares que podía visitar y la de los restaurantes en los que podía comer alimentos con garantía y, por supuesto, la lista de los taxis seguros en la ciudad.

Y así empezó la aventura turística. Primero fuimos a la catedral de Santo Domingo, donde Rafael se quedó con la boca abierta apreciando su belleza. Mientras tanto, el abuelo explicaba que ahí se encontraban los restos de Santa Fortunata, virgen y mártir de Palestina del siglo III, traída a Moquegua en 1798.

—Abuelo, dile que los cabellos y uñas de Santa Fortunata siguen creciendo —dije.

—¡Eso es muy cierto! —continuó el abuelo.

Después pasamos por la Casa de las diez ventanas. El abuelo mencionó que su diseño se remonta a la época de la arquitectura local, y que en sus diez ventanas posee rejas rojas muy bien ornamentadas. También explicó que tiene un segundo nivel hecho de quincha, que el primer nivel tiene piso de piedra canteada, y que su portal principal es de piedra caliza. Rafael se tomó una foto con Amaya, y salió muy bien.

Después, el abuelo nos llevó a la Casa Chocano que aún está abierta a los visitantes y empezó su narración.

—Esta casona fue construida en el siglo XIX. Sus habitaciones fueron hechas de quincha y piedra y aún se mantienen firmes. Tiene un techo tipo mojinete, típico de esta ciudad. Cada habitación conserva los muebles antiguos de aquella época.

Todos nos quedamos anonadados por su belleza. Incluso yo, que vivía en Moquegua, nunca había entrado a esa casona. Nos tomamos fotos en cada rincón, pues había que recordar esa belleza.

El abuelo Policarpio quería llevar a Rafael a un restaurante turístico para almorzar y decidimos llevarlo a uno de los mejores para que conociese la gastronomía de Moquegua. Al llegar, pedimos ensalada de palta, cacharrada y cuy frito. Mientras todos comíamos, el abuelo nos contó que el origen de la cacharrada se dio para sacar provecho de las reses, pues al cocinar se dejaban de lado las vísceras como el corazón, las mollejas, las venas y las criadillas. Por esto se empezó a preparar este plato en el que todo podía ser usado y consumido. También nos dijo que es una costumbre moqueguana "sacar el zorrito", que es una pequeña figura parecida a este animal, que se encuentra a los lados de las orejas del cuy. Esta se echa a un vaso con vino y quien lo saque tomando gana la apuesta que se establezca. Aunque terminamos de comer todo el cuy, Amaya y yo nunca encontramos el zorrito.

De regreso a la ciudad fuimos al Museo Contisuyo para que Rafael apreciara nuestra cultura. Vimos el gorro de cuatro puntas y el kero Tiwanaku, así como algunas vasijas usadas por nuestros antepasados rescatadas del Cerro Baúl.

El abuelo le recomendó a Rafael que fuera a visitar Torata y que subiera al Cerro Baúl, pues en su cima encontraría restos arqueológicos de la cultura Wari. En sus faldas, podría apreciar también los pagos que aún se hacen a la tierra. Y, por supuesto, que tendría una vista hermosa de toda la zona.

También le recomendó ir a visitar los geoglifos de Tiwanacota, que se encuentran en Chen Chen, y que no dejara de visitar Omo, Cruz Verde y Tres Quebradas, los cuales son muy interesantes.

Rafael, con ayuda del abuelo, concertó una cita turística guiada para conocer todos los lugares que Moquegua ofrece a los visitantes.

Ya de noche, el abuelo nos llevó a todos a comer unos ricos dulces moqueguanos y fuimos a una tradicional pastelería donde se exhibía una variedad de postres. El abuelo pidió alfajor de penco para Rafael, tortitas de maíz para Amaya, unos guargüeros para él y unos niditos de amor para mí.

Nos despedimos de Rafael. Ya era el fin del recorrido. Antes de irse, le recordamos que cuide de nuestra ciudad y que tome en cuenta los consejos que el abuelo le dio para poder transitar por Moquegua. Cuando llegamos a casa, contamos nuestra aventura a papá y mamá, que quedaron maravillados con todo lo que aprendimos gracias al abuelo.

—Bueno, a dormir, niños. Mañana tendremos que despedir al abuelo. Él tiene que salir de viaje urgente y lo acompañaremos al terminal.

Amaya y yo nos pusimos tristes, pero el abuelo, con un beso y un abrazo, nos dijo que estaría de regreso para Navidad y que traería más historias para contar. Fue así como mi abuelo nos enseñó a valorar los lugares turísticos, la cultura, la gastronomía y a tratar bien al turista en nuestra querida ciudad de Moquegua.